

PRÓLOGO

Bolgheri, provincia de Livorno. 2 de junio de 1890

Fabrizia Bellini no sería testigo de aquella nueva década ni del fin de siglo. Iba a morir, y los culpables de que la vida se le escapara entre lamentos se habían reunido en torno a su cama a esperar ese momento.

Sus cinco hijos varones, doce nietos y algunos de sus biznietos aguardaban con inquietud, pero sin pena.

La odiaban y ella lo sabía.

Murmuraban a todas horas; susurros tan desagradables que a Fabrizia le rechinaban los dientes. Cuchicheos que se interrumpían de golpe cuando la anciana daba señales de estar despierta. Miraban el reloj de pared sin cesar, como si así pudieran hacer que el segundero avanzara más deprisa.

No la dejaban sola por miedo a que se levantara y retomara el control de la casa y de sus patéticas vidas.

«Ojalá pudiera hacerlo una última vez», pensó, cansada, la matriarca.

Pese al calor propio del final de la primavera, sumado al que emanaban los cuerpos orondos de la estirpe Bellini, la tenían tapada hasta el mentón.

—Para que no se le escape el alma, *mamma*.

Su alma volaría igual antes o después, y tal vez esa fuera la única recompensa de la muerte: dejaría la tierra que tanto amaba para volver a los brazos del hombre al que quiso mucho más.

Su *caro*, su *amore*.

«Ay, Massimo, me dejaste en medio de una guerra que hoy abandono con angustia», rezó. Si de ella dependiera, viviría cien

años más con tal de que las hienas que había criado bajo su techo no pusieran un dedo en las vides.

Habían acabado con el legado de sus antepasados, habían reducido a cenizas y podredumbre el trabajo de generaciones. Los Bellini respetaban las tradiciones y vivían por la tierra, para elevar el espíritu. El premio a tanto sacrificio tenía el color de la sangre real: rojo, casi negro, y hasta la mismísima Casa de Saboya reclamaba los vinos que producían para deleite del rey.

«Pero eso ya no sucederá más», Fabrizia emitió un suspiro.

Quiso derramar una lágrima, pero estaba seca. Podía oler el hedor que desprendía su cuerpo, el aroma de la muerte, tan nauseabundo que ni el agua perfumada lo ocultaba. Su mente vagaba más entre los muertos que entre aquellos avariciosos.

—Tenemos que vender rápido y a buen precio —le susurró el mayor de sus nietos a su padre—. Nadie sabrá que la viña ya no vale nada si lo hacemos antes de que las revueltas lleguen al campo y los trabajadores se unan a la huelga. El rey Humberto no podrá controlar la situación mucho tiempo más, padre, y ya sabe qué opina el primer ministro Giolitti de todo esto.

Eran carroñeros a la espera de un buen bocado que llevarse al buche. La sangre de su sangre corrompida por el dinero y la ambición. En cuanto ella abrazara el descanso eterno se lanzarían los unos sobre los otros para pelear por el poder, como hicieron cuando falleció su querido Massimo.

—Malditos seáis todos —musitó sin fuerza. El silencio se hizo más pesado en la habitación—. Malditos todos y maldita vuestra sangre.

—Está delirando —dijo el mayor de sus hijos—. Tranquila, *mamma*, descanse en paz.

—¡No! —exclamó Fabrizia con el aliento roto y los puños apretados bajo las sábanas—. Yo... maldigo a todos los hombres... de esta familia, los que están... y los que vendrán. No habrá

prosperidad hasta que una Bellini plante la primera semilla con su corazón. ¡Maldigo a todos varones! ¡Los maldigo a todos!

Los grandes ventanales de la habitación se abrieron de repente. Una ráfaga de aire caliente golpeó con violencia los cristales y los pesados cortinajes ondearon con furia. Las mujeres gritaron; los hombres, sorprendidos, se afanaron en devolver la tranquilidad a la estancia. Pero ya no habría más calma en la propiedad de los Bellini.

Fabrizia murió y la desgracia cayó sobre ellos.

PRIMERA PARTE

Leticia, Colombia



Thomas

Leticia, Colombia. Enero de 2017

—Esto no tiene pinta de que vaya a mejorar, Dimitri —gruñí al cerrar la puerta del todoterreno. Llovía a raudales. Me sacudí el impermeable y cogí al vuelo la toalla que me lanzó el ucraniano al asiento de atrás—. No sé cómo he permitido que me metierais en esto.

—¿No querías adrenalina, Gallagher? ¿Se te ocurre una aventura mejor que sobrevivir en la selva amazónica? —bromeó Wang con su marcado acento oriental.

—Lo que quiero es vivir, capullo.

—Vivirás, pequeño saltamontes —se burló—. Si Dimitri dice que la tormenta se está alejando, es que se está alejando.

—Dimitri no fallar —alardeó el aludido.

Puse los ojos en blanco. Odiaba cuando hablaba de sí mismo en tercera persona. Sin embargo, tenía razón: Dimitri Sokolov tenía un sexto sentido para predecir el tiempo. Además, era el mejor en su trabajo, por eso estaba allí. Lo habían contratado para planificar canalizaciones y estructuras inverosímiles que abastecieran de agua potable las zonas más inaccesibles de aquella región del Amazonas. Formaba parte del proyecto que había puesto en marcha Ingenieros Del Mundo, una ONG financiada con los fondos de algunas universidades internacionales, entre las que se encontraba la mía, la de Chicago.

—En cuanto tengamos la aprobación del jefe, traeremos al equipo y empezaremos a canalizar —dijo Wang sin apartar la vista de los planos—. Aunque no hayamos podido llegar hasta

los ticuna, el acceso por esta parte del río no debería darnos muchos dolores de cabeza.

Señaló un punto en el mapa y se ajustó las pequeñas gafas que se le deslizaban hasta la punta de la nariz. Wang Liu era un cerebro de la mecánica, de la electrónica y de cualquier cosa con cables, circuitos y electricidad. No medía más de un metro sesenta, era escuálido como un gato callejero, pero resistente como una maldita vara de bambú. Cuando se ponía de pie junto a Dimitri parecían una broma. Eran tan opuestos que resultaba imposible no sonreír.

Y luego estaba yo, un joven periodista de veintiséis años que no tenía nada que ver con la ONG, que ni siquiera sabía cómo había llegado a hacerse amigo de un par de locos ingenieros en medio de una ciudad como Leticia, si es que a aquel lugar se le podía llamar ciudad.

Era la primera vez que salía de los Estados Unidos y me había metido de lleno en un proyecto que me quedaba grande. No me daba vergüenza reconocerlo. Recién licenciado, sin experiencia, sin mundo a la espalda... Para la universidad era mano de obra barata, pero ¿qué más daba? Acepté los riesgos encantado. Necesitaba demostrar que, debajo del aspecto de chaval prudente, había un hombre con espíritu aventurero.

La universidad de Chicago me envió a Leticia a documentar su inversión. El cambio climático era *mainstream*. Las desafortunadas declaraciones de Donald Trump sobre sus efectos y las burlas que había proferido contra los defensores de la agricultura sostenible en uno de sus improvisados discursos, habían puesto de moda los reportajes medioambientales.

—Es un filón, Gallagher —había argumentado mi redactor jefe, Roger Miller—. Tu gran oportunidad.

Debía pegarme al equipo de trabajo de Derek Bolton como

una sombra y elaborar varios reportajes para la prestigiosa revista de investigación de la Universidad de Chicago.

Era un orgullo que me hubieran elegido a mí. O una locura, según a quién le preguntara.

—Ir y volver, ir y volver. Habíais dicho que sería un paseo —me quejé de nuevo—. «Para que no pase como la semana pasada con el poblado de los yaguas». —Imité la voz de Wang mientras me secaba el pelo con la toalla.

—Encontrar senda ticuna. Mejor antes que mañana. No perder tiempo o Bolton cortará huevos. Dimitri aprecia mucho huevos —se justificó el grandullón—. Mejor comprobar. Pequeño Gallagher quería venir y aquí viene. No es culpa Dimitri que *jeep* romper. Tampoco lluvia es culpa Dimitri.

Tenía razón, no era culpa de nadie. La tormenta nos había sorprendido mientras Wang arreglaba la correa de distribución. Una desastrosa casualidad.

La radio de Dimitri emitió un par de pitidos y la voz de Derek Bolton rivalizó con el ulular del viento. Hacía horas que intentábamos establecer comunicación sin éxito y, aunque ninguno lo quisiera admitir, estábamos empezando a preocuparnos.

—*¿Os habéis vuelt... ocos?! ¡Dije que ...ada de salir hoy, ...dita sea!*
—Nos miramos los tres con culpabilidad y nos encogimos de hombros.

—Está todo controlado, jefe —respondió Wang—. Ya hemos reconocido el terreno. Así adelantamos trabajo. Esto empezaba a ser muy aburrido.

—*¿...urrido? ¡Mald... chino del d...onio!* —gritó Bolton con su característico mal humor—. *Mañana po...eis continuar con el t...bajo.*

—Eso suena interesante. *¿Sabemos algo del ingeniero agrónomo?* —preguntó Wang—. Ya sabes que vamos...

—*Sí, lo sé. Si n... pasa ...ada, llegará ...nas... as...* —Las interferen-

cias hicieron incomprensibles las palabras de Derek—. *Desvian vuelo por tor...enta. Tendrás m... con detall... para pon... día.*

—Te estamos perdiendo, Derek —dijo al intercomunicador.

—¿Gallagher?! ¡M...dita sea! ¿Qué c...ño haces tú ahí?

—Cosas del reportaje, jefe.

Bolton había dejado claro desde el primer día que yo no formaba parte del proyecto. Mi presencia lo molestaba y me consideraba una carga. Quizá al principio lo fui, pero después de un mes entre la gente del equipo, ya no era el pardillo de turno, y él lo sabía. Me sermoneaba a diario, siempre las mismas advertencias, y cuando se había desahogado, me palmeaba el hombro y me invitaba a una cerveza. Era un tipo muy raro.

—¡Te dije que te... antuvieras en zona seg...ra, coj...nes! ¿Es que na...e respeta mis ór...enes? ¡Tú no puedes es...ar ahí!

—Pequeño Gallagher a salvo, jefe. No problema —me defendió Dimitri.

—¡Volved aquí de ...iato, joder!

—En cuanto pare la tormenta —le aseguró Wang. Más interferencias molestas—. ¿Bolton? ¿Hola?

—No te ...igo... bien, Wang. La sss...ñal no es...

—Dimitri esperar que nuevo ingeniero venga con deber hecho —comentó el ucraniano—. Hemos perdido tiempo precioso.

—Vamos ...tante bien, Dimit... L... nue... stá al tant... todo. Viene... Italia y se... en... hotel. Es ...na profff...nal con ...ncia

—Está claro, ¿no? —ironicé, y los chicos rieron—. ¿Derek? ¿Sigues ahí?

La comunicación se cortó y una nueva ráfaga de aire sacudió el todoterreno.

—Italiano, ¿eh? Vamos a parecer un chiste: un americano, un ucraniano, un chino y un italiano van por en medio de la selva... —bromeó Wang.

—¡Primero bebé americano, ahora espagueti!

—Yo también te quiero, camarada.

Dimitri era así, no podía cabrearme con él por mucho que me tocara las narices. Sabía perfectamente que yo no era ningún niño y que me manchaba las manos más de lo que debía. Pero a su lado, cualquiera parecía un señorito de alta cuna.

Provenía de una de las regiones más duras de Ucrania, al norte del país. Para él, si no bebías vodka para desayunar, eras un enclenque. No obstante, detrás de ese bloque de hielo había un tipo de treinta y nueve años con un corazón de oro, frío como un témpano, pero de oro.

—Si el espagueti ha aceptado formar parte de esto debe de saber dónde va a meterse. No creo que sea un problema. Además, lo necesitáis para continuar con el trabajo —les recordé—. Sin ingeniero no hay abastecimiento ticuna, y sin abastecimiento yo me quedo sin reportaje.

Ambos resoplaron al unísono y centraron la atención en el plano de la zona. Su actitud me arrancó una sonrisa porque, aunque eran como el agua y el aceite, pasaban tanto tiempo juntos que se habían mimetizado. Eran dos tíos formidables y se habían convertido en mi familia.

El equipo que dirigía Derek Bolton estaba integrado por más de veinte personas de diferente nacionalidad, todos tenían su función, aunque, en realidad, las cabezas pensantes del proyecto eran Wang Liu y Dimitri Sokolov. También Clifford Rowling, el ingeniero agrónomo británico más insolente del mundo, pero había tenido la mala suerte de contraer un virus estomacal grave y lo habían evacuado hacía una semana. El trabajo estaba parado desde entonces y mi primer reportaje para la universidad también.

La llegada del ingeniero italiano iba a suponer una inyección de energía para el equipo y a mí me permitiría practicar un poco el idioma. Estudié italiano en la universidad y para lo único que me sirvió fue para traducirle a mi hermano Austin documentos

de sus clientes europeos y para entretener a mi amigo Charlie, el camarero calabrés que trabajaba en el bar que había debajo de mi apartamento.

—¡Hora marchar! —anunció Dimitri con una sonrisa deslumbrante—. Dimitri nunca equivoca.

La tormenta y el viento cesaron, tal y como había pronosticado. Entre las nubes se colaron un par de rayos de sol que me impactaron en la cara al salir del vehículo. Olía a naturaleza, se oía el trinar de los pájaros exóticos, la humedad era fresca y el calor no tardaría en apretar, como era habitual. Los colores de la selva amazónica brillaban tras la lluvia. El nudo de temor que se me había formado en las tripas desapareció.

Aquel lugar era extraordinario.

«El escenario perfecto para una novela», pensé, entusiasmado.

Cuando me ofrecieron la posibilidad de ocuparme de aquel proyecto, muchos meses antes de viajar a Colombia, empecé a desarrollar una historia de misterio y aventuras que no terminó de arrancar. Yo no era escritor, no había sentido nunca esa vocación, pero me encontraba muy cómodo organizando la documentación de los reportajes, y mi mente me llevaba mucho más allá de la aburrida realidad.

Lo dejé estar después de atascarme en varios puntos de la trama, pero volví a retomarla al llegar a Leticia. Una de esas noches en vela, más preocupado por las tarántulas que por el cansancio, mi mente hizo clic y las ideas fluyeron con soltura hasta llenar algunas páginas. De los tres mil caracteres pasé a los veinte mil; luego a los treinta mil y, sin darme cuenta, superé los cincuenta mil y la historia cobró vida. No le dedicaba tanto tiempo como deseaba, a veces el cansancio podía conmigo, pero adoraba que los dedos volaran por el teclado, me resultaba embriagador el sonido de las teclas, y cuando lograba superar una escena complicada, sentía una emoción inexplicable.

Me sentía muy vivo y menos solo. Sobre todo, menos solo.

Cuatro horas después regresé a la casa donde me hospedaba. No era gran cosa: pequeña, vieja y húmeda, como todo en Leticia. La fachada estaba pintada de un descolorido tono rosa y un plástico sustituía al cristal de una de las ventanas. No había paredes. Tan solo una cortina que separaba el cuarto de baño de lo demás. Una cama antigua, con dosel, una mesilla y una estantería con un microondas amarillento era todo el mobiliario. En el armario empotrado apenas cabía mi ropa bien doblada y el grifo del fregadero goteaba. La cafetera que me regalaron mis hermanos las últimas navidades era lo único que funcionaba con precisión.

—¡Oh, mierda! ¡Otra vez goteras, no! —protesté al atravesar la puerta de entrada.

Me froté la cara y fui a por un cubo. El casero me había asegurado que el problema estaba resuelto, pero era evidente que no.

—Tendría que haber subido yo al tejado —me reprendí—. Esto es lo que pasa cuando le confías el trabajo a alguien que no sabe distinguir un trapo de una esponja. ¿Tan difícil era tapar el jodido agujero? ¡No era mucho pedir! Mi madre lo habría arreglado con los ojos cerrados y una sola mano.

Imaginé la escena y me eché a reír. Dios mío, la añoraba muchísimo. Los añoraba a todos: a los mellizos, al gruñón de Tyler, a papá, a mamá... No tenía demasiadas oportunidades de hablar con ellos, las comunicaciones en Leticia dejaban mucho que desear, pero había encontrado un bar en la ciudad vecina con una conexión wifi aceptable y me pasaba la semana esperando a que llegara el domingo para verlos por videollamada.

Pero nunca era suficiente. La soledad era una compañera traicionera.

—Basta de hablar solo, Gallagher —me dije mientras colocaba bien el cubo—. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte.

Como adecentar la casa, por ejemplo. Me gustaba que todo estuviera en orden y limpio, era mi pequeña manía.

Media hora más tarde, ya duchado y satisfecho, me deshice de la toalla que llevaba en la cintura y me tumbé en la cama sin dejar de darle vueltas a lo mismo: por muy agotado que me sintiera, hubiera dado cualquier cosa por contarles a mis hermanos lo increíble que había sido quedarse tirado en medio de la selva bajo la tormenta.

Me quedé dormido con una sonrisa triste en los labios hasta que unos fuertes golpes me despertaron. El reloj de la mesilla se había quedado sin pila, la luz no funcionaba y fuera volvía a llover con fuerza. Lo habitual, nada por lo que alarmarse.

Di media vuelta en el colchón y oí los golpes una vez más. Estaban llamando a la puerta. Me dirigí a la ventana para echar un vistazo, pero solo alcancé a ver una silueta oculta bajo una capucha y una maleta de dimensiones colosales.

Me volví a enrollar la toalla en la cintura y, en cuanto abrí la puerta, un torbellino de lluvia y gritos se adentró en la casa, dejando a su paso un reguero de agua y palabras malsonantes.

Y bajo toda aquella mala leche, estaba ella.

Y ya nada volvió a ser igual.